



XIK'NAL,

VEINTE AÑOS DESPUÉS

JANIL UC TUN (TEXTO) ALISA MELODÍA (ILUSTRACIONES)



Xik'nal, veinte años después

Primera edición, 2023

Colección: Alas de Lagartija

© Janil Uc Tun, por el texto.

© Alisa Yuval Trejo Parra, por las ilustraciones.

D.R. 2023 de la presente edición:

Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces

Paseo de la Reforma 175, 5° piso, Col. Cuauhtémoc,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06500, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx

www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Bruno Aceves Humana.

Corrección: María del Carmen Salazar Flamenco.

Diseño de colección: Frida Solano Martínez. Formación:

Sofía Escamilla Sevilla. Producción: José Francisco Rosas García.

Se utilizaron las fuentes Clarendon y Montserrat.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-223-0

ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**GOBIERNO DE
MÉXICO**

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

alas raíces

**ESTRATEGIA NACIONAL DE
LECTURA**

XIK'NAL, VEINTE AÑOS DESPUÉS

JANIL UC TUN (TEXTO) ALISA MELODÍA (ILUSTRACIONES)

*A Salomé Ricalde,
por todas las yuyas que hemos
encontrado en el camino.*

Personajes

Yuya
Cornelio
Doña Meche
Asunción
Eulogio
Pueblo (voces en *off*)



1

UNA ALFOMBRA DE PÁJAROS DE PAPEL DIBUJA LA CALLE PRINCIPAL DE UN PUEBLO. YUYA AL FRENTE, COMIENDO UN RÁBANO.

YUYA: Seguramente se preguntarán por qué hay tantos pájaros regados en el suelo. Sí, son pájaros. La verdad es que en este pueblo ya no hay pájaros. Ni uno solo. No vivos, al menos. Sólo estas figuras multicolores que ven atrás de mí. Sé que no vuelan ni cantan, pero son pájaros. Créanme (*recoge uno del suelo y juega con sus alas simulando el vuelo; después lo sopla y el pájaro cae al piso*). Dice mi mamá que antes había cientos de ellos. De todos los colores y tamaños. Rojos, azules, de picos largos, de alas grandes, de patas pequeñas. Yo nunca he visto un pájaro de verdad. Deben ser bonitos. A veces, cuando ya me voy a dormir, me pongo a pensar cómo sería vivir en un pueblo donde los pájaros volaran de un lado a otro cantando y haciendo sus nidos. ¿Saben que los pájaros hacen sus nidos con las ramas que caen de los árboles? Pero de las ramas pequeñas, las más pequeñas y perfectas. Les puede llevar semanas enteras hacerlos. Son unos maestros en la construcción de viviendas a prueba de viento y lluvia, en especial la yuya. Ése es mi pájaro favorito. Tal vez de donde ustedes vengán hayan escuchado de las yuyas o, si son muy suertudos, las hayan logrado ver. Ellas

hacen sus nidos de una manera muy diferente a los demás pájaros. Ellas cuelgan sus nidos de una rama haciendo una especie de bolsa, como esas que dan a veces en las tiendas. O al menos así me lo describe mi mamá cuando le pregunto. A ella también le gustaban mucho las yuyas. Es más, le gustaban tanto que así me llamó cuando nació: Yuya; ése es mi nombre. Y yo le hago honor a mi nombre porque siempre que puedo corro muy rápido, pero de verdad muy rápido, en la calle de los pájaros agitando mis alas falsas y dando saltos, mientras canto canciones de Cri-Cri. A veces, siento que de verdad vuelo. Y es cuando la gente que pasa por ahí me grita: “Yuya, no vuelas tan rápido porque tus alas aún no han acabado de salir”. Me gustan tanto los pájaros que incluso inventé un juego, le puse “*Xik’nal*, los pájaros locos” y consiste en amarrar nuestras manos atrás de nuestras espaldas y correr en busca de ramitas bajo de los árboles, tomarlas con nuestros picos y luego hacer unos pequeños nidos para ver quién acaba primero. Yo siempre hago el de la yuya, con sus alas negras y su pecho anaranjado, aunque su nido sea el más difícil de construir. Otros niños hacen el del carpintero, del colibrí o del cardenal y se arma la competencia. (*Pausa larga. Un poco melancólica.*) Así nos la pasamos casi todas las tardes, fingiendo ser algo que no somos, contemplando esta calle con cientos de pájaros de papel. Pero tiene una razón de ser así, porque antes sí había pájaros de verdad, de los que sí volaban y sí cantaban. Es una historia que, aunque se saben todos los del pueblo, casi nadie habla de ella, como si les avergonzara recordarla. Yo quiero contárselas a ustedes porque parecen personas muy sensatas, no como las de mi pueblo. No sé si en sus pueblos haya todavía pájaros, espero que sí. Espero que nunca tengan que extrañarlos, que nunca sientan la necesidad de hacer una calle llena de pájaros de papel para recordar que alguna vez existieron, que nunca lleguen a extrañar algo que nunca han

visto. Esta historia no la viví yo, a mí sólo me tocó la peor parte, la de extrañar lo que nunca se tuvo. Esta historia la vivió mi madre y todos los niños del pueblo que ahora ya son adultos. Y también los adultos que ahora ya son abuelos y abuelas y que no pudieron hacer nada para evitarlo o sí pudieron, pero no lo hicieron y fueron vencidos y obligados a vivir en la nostalgia. (*Pausa.*) Todo empezó un día como cualquier otro, pero con un ligero olor a pólvora y aceite de motor...



2

(*EN CASA DE DOÑA MECHE Y CORNELIO.*)

DOÑA MECHE: Cómo apesta a pólvora la casa, Cornelio. Ahora te voy a poner a lavar todo el piso. Ya te dije que no juegues con la escopeta en la cocina.

CORNELIO: No apesta, mamá. Apenitas es un olor y además se quita con el aire.

DOÑA MECHE: Apesta. No me gusta que uses esa cosa en la casa.

CORNELIO: No la estoy usando mamá, sólo la estoy limpiando.

DOÑA MECHE: Es lo mismo.

CORNELIO: ¿Y tú por qué estás de mal humor?

DOÑA MECHE: Me pone de mal humor que uses esa cosa.

CORNELIO: Mi padre me la dio, lo sabes bien.

DOÑA MECHE: Sé que le tienes mucho cariño a esa escopeta hijo, pero no está bien que la uses tan seguido. Todavía eres muy pequeño.

CORNELIO: ¿Y de qué vamos a vivir? Con lo de la lavada no nos alcanza. Mi padre era un cazador y yo también quiero serlo.

DOÑA MECHE: Y mira cómo acabó, con nueve esquirlas dentro de su cuerpo. Ni siquiera se las pudieron sacar todas cuando lo enterramos. No me gustan las armas. No quiero que te pase lo mismo.

CORNELIO: Yo no voy en las noches, sólo en el día. Así no es tan peligroso.

DOÑA MECHE: Me recuerdas mucho a tu padre cada día más.
Tan necio como él mismo.

CORNELIO: Ya me voy mamá.

DOÑA MECHE: ¿A dónde vas? Ni has comido.

CORNELIO: Voy a tirar unos pájaros y tal vez traiga algo para cenar. Me estoy llevando un poco de pozolito. Ya se me está haciendo tarde, me están esperando en el centro.

DOÑA MECHE: No regreses muy tarde.



3

(EN LA ESCARPA DE LA CALLE.)

ASUNCIÓN: ¿Pero a dónde vas con esas jaulas, Cornelio?

CORNELIO: Pues al monte a buscar pájaros para vender en el mercado y tal vez traer algo para cenar. ¿Y tú a dónde vas?

ASUNCIÓN: Voy por las tortillas. ¿Ya comiste?

CORNELIO: Pues... como si no; pero traigo mi pozolito nomás para tragarme el hambre.

ASUNCIÓN: Mejor no vayas, ven a mi casa a comer. Mi mamá hizo puchero. Además, mi papá está en el pueblo.

CORNELIO: ¿De verdad?

ASUNCIÓN: Sí. Ya le he hablado un poco de ti.

CORNELIO: ¿Y qué dijo?

ASUNCIÓN: Pues que tienes que ir a la casa. No le dije que eres cazador, a él no le gusta mucho la idea de cazar animales.

CORNELIO: ¡Ay!, Asu. Si de eso vivo. Soy un cazador, como mi papá. Vas a ver que un día te voy a traer un jaguar o un jabalí a la puerta de tu casa.

ASUNCIÓN: ¿Y yo para qué voy a querer eso? Mejor déjalos en donde están, el monte es su casa.

CORNELIO: Ya es tarde, debo irme.

ASUNCIÓN: Espera, Cornelio, mi papá no volverá hasta en otros seis meses.

CORNELIO: Lo siento, Asu. Me están esperando.



4

(LOS PÁJAROS DE PAPEL DEL PRINCIPIO ESTÁN REGADOS COMO MINAS EN EL SUELO. YUYA CAMINA ENTRE ELLOS CON CUIDADO.)

YUYA: Pero nadie llegó ese día al lugar acordado. Ninguno de los adultos con quienes Cornelio acostumbraba cazar pájaros. Él estaba convencido de que era la hora correcta, así que esperó un rato, pero después decidió irse por su cuenta. Pensó que incluso sería mejor ir solo porque, a veces, cuando se va entre muchos, se hace mucho ruido y los pájaros huyen. Cornelio se adentró en el monte para buscar a los pájaros, pero no había ninguno. Le pareció raro, pero siguió su camino hasta partes más profundas. Ahí tendió sus trampas en diferentes lugares. Usó el silbato que su padre le había regalado y se ocultó en un árbol a desayunar su pozole. Pasaron las horas. Y luego más y más. Ningún pájaro había a la vista. Cornelio empezó a desesperarse y el pozole no pudo engañar por más tiempo el hambre. Cuando ya iba a caer la noche y estaba dispuesto a recoger sus jaulas, vio parado sobre la rama de un álamo un ave muy grande, casi del mismo tamaño que él. Le apuntó directo al pecho y disparó. Muchas balas tronaron esa tarde y cada una de ellas fue saltada por esa ave gigante que se alejaba cada vez más. Cornelio la seguía y disparaba hasta que se acabaron las

balas y se dio cuenta de que estaba oscuro. Molesto, entonces, arrojó una piedra hacia el ave y ésta cayó en seguida dando un grito horrible, como si de una persona se tratara. Cornelio fue a ver lo que había pasado y ahí estaba el ave, justo frente a sus ojos, indefensa y lastimada. Pero cuando Cornelio trató de meterla en su sabucán ésta se deshizo en sus manos dejando sus plumas caer sobre la tierra para luego ser llevadas por un fuerte viento hacia lo más profundo del monte. Cornelio tuvo miedo, realmente tuvo miedo. Salió corriendo de ahí dando tropezones con las piedras y raíces de los árboles sin darse cuenta de que ya se había perdido. Corrió por horas hasta que llegó a las puertas del pueblo poco antes del amanecer. Ahí vio a su madre y a Don Clemente, a Don Eulogio, a Doña Aurora, a Asu, a Jonás, a Alberto. Incluso el borracho del pueblo clamaba su nombre de tanto en tanto después de cada sorbo de su licor de caña. Todos los del pueblo lo habían buscado, estuvo perdido casi todo el día. En el momento que Doña Meche lo vio a los ojos se acercó a él y lo tomó de una oreja hasta llevarlo a su casa, mientras con la otra mano se limpiaba las lágrimas de tristeza. Y todos se regresaron a sus casas, todavía con el susto entre las cejas.



5

(EN LA ESCARPA DE LA CALLE.)

ASUNCIÓN: Mírate cómo estás. Pareces un perro mojado.

CORNELIO: No te burles. No fue mi culpa.

ASUNCIÓN: Tenías a todo el pueblo en vilo. Sólo te veo y recuerdo cómo tu mamá se puso a gritar en el centro, que te habías perdido y que la ayudaran a encontrarte.

CORNELIO: ¿De verdad eso hizo?

ASUNCIÓN: Sí.

CORNELIO: ¡Qué vergüenza!

ASUNCIÓN: ¿Qué fue lo que te pasó? Nos tenías preocupados.

CORNELIO: ¿Hasta a ti?

ASUNCIÓN: Pues sí. Eres... mi amigo.

CORNELIO: Lo siento Asu, debí ir a tu casa ese día. Siempre no cacé nada y peor aún dejé mis jaulas y mi escopeta allá en el monte. Lo perdí todo.

ASUNCIÓN: ¿Qué te pasó?

CORNELIO: Pues me asusté, para qué lo niego si a ti no puedo mentirte.

ASUNCIÓN: ¿Qué te asustó tanto?

CORNELIO: Pues, me encontré con un pájaro que nunca había visto. Tenía todos los colores posibles. Era grande y hermoso.

ASUNCIÓN: ¿Y le disparaste?

CORNELIO: Pues sí. Eso es lo que hago.

ASUNCIÓN: ¿Y qué pasó?

CORNELIO: Creo que no era un ave porque saltó todas mis balas, como si estuviera danzando; entonces, me molesté y le tiré una piedra con todas mis fuerzas y ésa sí la derribó del árbol donde estaba mientras escupió un grito horrible, como si fuera una persona, y desapareció.

ASUNCIÓN: Eso no era un ave, Cornelio. Seguro era otra cosa, algo del monte.

CORNELIO: No se lo vayas a decir a nadie, Asu.

ASUNCIÓN: Ya deberías dejar de ir a cazar. Ése fue un aviso, Cornelio.

CORNELIO: A mí me gusta cazar, Asu. Era lo que hacía mi padre. Así me gano la vida. Sabes que desde que mi papá murió todo es más difícil para mi mamá y para mí.

ASUNCIÓN: Yo lo sé, Cornelio, pero eres necio. ¿Cuántos pájaros has matado ya? Eso no está bien. No está bien vivir a costa de los muertos.

CORNELIO: Tu tío es carnicero. También vive de los muertos, ¿o no?

ASUNCIÓN: No era lo que quería decir.

CORNELIO: Tú eres una niña tonta. No entiendes lo que uno tiene que hacer para vivir, ¿o a poco crees que esos vestidos que te regala vienen de los árboles? Pues no. Tu tío los compra con el dinero que obtiene de matar animales en el rastro.

ASUNCIÓN: Estás muy equivocado (*intenta irse, pero Cornelio la detiene*). Suéltame Cornelio. Déjame ya.

CORNELIO (*la suelta de golpe y Asunción se cae*): Pues ya vete de aquí.



6

(YUYA SEPARA CON UN PALO A LOS PÁJAROS EN DOS GRUPOS Y LOS ORGANIZA, COMO SI SE TRATARA DE UN JUEGO EN EL QUE TODO EL PUEBLO TOMA UN BANDO.)

YUYA: Después de ese día Cornelio y Asu no volvieron a hablarse por mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo. Se veían en la escuela, en la tortillería, en el mercado, pero no se hablaban. Sólo desviaban los ojos hacia otro lado, a un lugar que les diera menos vergüenza mirar. En ese momento no se dieron cuenta, pero desde ese día se dejaron de escuchar los cantos de los pájaros en el pueblo. Casi nadie se percató, fue una pérdida silenciosa. Hasta que se les empezó a hacer raro el silencio. Entonces, nada volvió a ser igual. Ni silencioso. (*Pausa.*) La gente con la que Cornelio acostumbraba ir a cazar se empezó a alejar más para buscar sus presas. En realidad, muchos de los hombres del pueblo eran cazadores. Y cazaban mucho, los niños en especial tenían un gusto preferencial por los pájaros. Pero sucedía que ni por más que se alejaban, sus jaulas se mantenían vacías y sus escopetas no se disparaban porque ya no se escuchaban los cantos de los pájaros, las pisadas de los venados o los aullidos de los monos. Sólo quedaron los animales de patio, que poco después empezaron a enfermarse sin explicación.

La gente, entonces, cayó en la desesperación. Fue una locura. Empezaron a hacer bailes en honor de los animales, a hablarles a las plantas, a pedirles a los pavos y cochinos que volvieran a estar sanos, pero todo eso fue inútil. Después vino una sequía, como nunca antes se había visto, que mató muchas plantas y arruinó las milpas. Todos en el pueblo se pusieron de mal humor y empezaron a cobrarse las cosas que se debían. Incluso deudas de la infancia. No había dinero, no había comida y no había agua. El pueblo estaba completamente seco. Se pelearon entre todos y empezaron a buscar culpables. Que fue por culpa de los campesinos porque usan mucha agua para su milpa, o que si culpa de los cazadores que ahuyentaron a todos los animales, o que si fue culpa de los leñadores que ya cortaron todos los árboles. Así se la pasaron un tiempo hasta que un día en una milpa se hizo un incendio gigante que se comió todo el monte y nadie hizo nada por apagarlo.



7

(EN CASA DE DOÑA MECHE Y CORNELIO.)

CORNELIO: Fui yo.

DOÑA MECHE: No digas tonterías Cornelio y habla más bajo, porque así como está el pueblo sólo buscan leña para echar al fuego.

CORNELIO: Es que sí fue mi culpa, mamita.

DOÑA MECHE: ¿Y tú qué hiciste?

CORNELIO: Pues que fui yo. Yo recuerdo que el día que me perdí maté a un pájaro.

DOÑA MECHE: ¿Y eso qué?

CORNELIO: No era cualquier pájaro. Era un pájaro raro. No debí matarlo, pero es que no había podido cazar nada.

DOÑA MECHE: ¿Cómo era el pájaro?

CORNELIO: Pues así, grandecito. De muchos colores. Parecía como un pavo, pero más colorido y volaba.

DOÑA MECHE: ¿Era de cresta amarilla?

CORNELIO: Creo que sí. Cuando le disparé se deshizo. Sólo quedaron sus plumas y luego se las llevó el viento. Después de ese día fue que empezaron a enfermarse los animales. Yo no quería hacerlo mamá.

DOÑA MECHE: Tu abuelo hablaba de un pavo de muchos colores. Decía que era el guardián del monte. Pero nunca le hice caso.

CORNELIO: Tengo miedo, mamá. Yo sólo quería ganar un poco de dinero extra para invitar a almorzar a los padres de Asu.

DOÑA MECHE: Esto no puede estar pasando. Te dije que dejaras de matar pájaros. Te lo dije Cornelio.

CORNELIO: Tengo miedo, mamá.

DOÑA MECHE: ¿Quién más sabe de esto?

CORNELIO: Nadie mamá. ¿Crees que sea por eso?

DOÑA MECHE: No lo sé Cornelio, pero, así como está de molesta la gente, pueden querer hacernos daño por cualquier cosa, así que no hay que tentarlos.

CORNELIO: Asunción sabe que le tiré al pavo.

DOÑA MECHE: Estaría más tranquila si no supiera que su madre es la chismosa del pueblo.

CORNELIO: No es la chismosa del pueblo, mamá. Sólo es de naturaleza platicadora, como dice Asu.

DOÑA MECHE: Dile como quieras, pero es un riesgo que ella sepa lo que hiciste. Nos va meter en un gran problema. Mejor vete ahora para su casa y le pides que no vaya a decir nada de lo que le contaste.

CORNELIO: No puedo mamá.

DOÑA MECHE: ¿Cómo qué no? ¿No entiendes la gravedad de esto? No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando.

CORNELIO: Nos peleamos. No querrá hablar conmigo.

DOÑA MECHE: Dije que vayas a hablar con ella.



8

(EN LA VENTANA DEL CUARTO DE ASUNCIÓN, QUE DA A LA CALLE.)

CORNELIO: Asu, Asu, Asu. ¿Estás ahí?

ASUNCIÓN: No me digas así. Para ti soy Asunción y punto.

CORNELIO: ¿Ya no te puedo decir, Asu?

ASUNCIÓN: No es un buen momento, Cornelio. ¿Qué quieres?

CORNELIO: Lo siento, Asu...

ASUNCIÓN: ¡Que no me llames así!

CORNELIO: Lo siento, es que no me acostumbro.

ASUNCIÓN: ¿Para qué viniste?

CORNELIO: Quería decirte que no era mi intención hacerte daño.

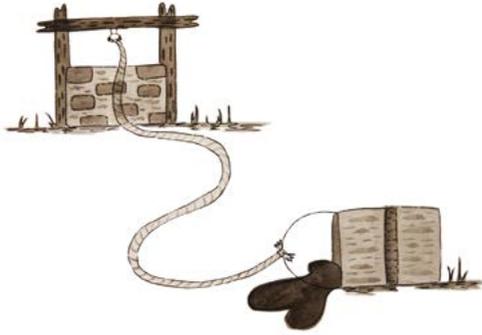
ASUNCIÓN: Pero lo hiciste, Cornelio. Me hiciste daño. Los amigos no empujan a sus amigos. Creo que no deberías estar aquí. Mejor vete a tu casa.

CORNELIO: Asu... Asunción. Todavía tengo algo que decirte, o más bien, tengo algo que pedirte.

ASUNCIÓN: ¿Qué quieres, Cornelio? Creo que no tienes derecho a pedirme nada si cuando me ves desvías la mirada. ¿Con qué cara vienes a pedirme un favor ahora? ¿Qué es lo que quieres? No tenemos agua ni para beber. Sólo lárgate de aquí. No quiero volver a verte.

CORNELIO: Todo es mi culpa, por favor no le digas a nadie.

ASUNCIÓN: Sólo vete y no regreses (*hace una línea sobre la tierra con una rama seca de un árbol*), no vuelvas a pasar sobre esta línea otra vez, nunca (*cierra la puerta*).



9

(EN LA CASA DE DOÑA MECHE Y CORNELIO.)

DOÑA MECHE: ¿Qué pasó, Cornelio? Traes la cara barriendo el piso.

CORNELIO: Dijo que no iba a decir nada.

DOÑA MECHE: No confío en esa niña y menos en su madre. Pero ya, quítate esa cara que me estás haciendo molestar.

CORNELIO: ¿Y qué cara me pongo?

DOÑA MECHE: ¿Qué dijiste?

CORNELIO: Nada mamá, es que ella ya no quiere hablarme. Tuvimos una pelea y además sus hermanitos están muy enfermos, creo que por el hambre.

DOÑA MECHE: Así estamos todos en el pueblo. Hay que resistir y tratar de pasar desapercibidos. Anda, ve a ver si ya pusieron las gallinas y mejor tráetelas para acá, no quisiera que se las roben, como les pasó a los vecinos. La gente del pueblo sabe que tenemos gallinas, no falta mucho para que quieran entrar aquí también. Hay que guardar a los animales de los saqueadores lo más que podamos.

CORNELIO: Los que nos quedan.

DOÑA MECHE: Sólo haz lo que te dije.

CORNELIO: ¿Cómo vamos a resolver esto, mamá? Tengo mucha sed.

DOÑA MECHE: Algo se nos ocurrirá hijo. Toma, saqué un poco de agua del pozo.

CORNELIO: Parece lodo.

DOÑA MECHE: Agua es agua, hijo. Agua es agua.



10

(YUYA USA UNO DE LOS PÁJAROS DE PAPEL PEGADO AL PALO PARA TOCAR A CADA UNO DE LOS DEMÁS PÁJAROS Y LUEGO LOS VA ENCERRANDO EN PEQUEÑAS JAULAS.)

YUYA: Doña Meche tenía mucha razón en dudar de la mamá de Asu. No se puede confiar en una chismosa, digo, en una mujer de naturaleza platicadora. Porque a pesar de mi corta edad, he aprendido que con los años “las personas de naturaleza platicadora desarrollan una especie de membrana muy delgada en los oídos que les permite escuchar una conversación desde distancias muy largas, además de que también sus cerebros se vuelven más grandes y capaces de hacer un análisis casi instantáneo de la información para unir cabos sueltos y emitir una teoría que luego distribuye, con su sofisticada lengua de víbora venenosa, a otras víboras venenosas con una velocidad sobrehumana”. O al menos eso dice mi pa-pá. Yo digo que son como superhéroes. A mí me gustaría tener esa habilidad, y por supuesto que la usaría en beneficio de los demás. Como cuando alguien pide ayuda y nadie lo escucha. Si todos fuésemos súper chismosos, podríamos escucharlo a la perfección e iríamos en su rescate. Tendríamos una patrulla especial de élite llamada “patrulla de los chismosos”. Cuántos beneficios

tendría este pueblo si tan sólo usáramos nuestras habilidades para el bien. Pero la cosa no es así. En este pueblo la gente afortunada que tiene esa habilidad, generalmente la usa para dañar a otros, aunque estamos trabajando en eso. Cómo habría sido diferente la historia de este pueblo si la mamá de Asu hubiera usado para bien su habilidad. Es decir, se pudo haber llegado a un acuerdo y evitado todos los problemas en los que después se metió Cornelio porque cuando ese día Asu le cerró la puerta en las narices, su mamá ya había escuchado más de lo necesario para poner en marcha la habilidad de su lengua de víbora venenosa. Como un incendio, el secreto de Cornelio y Asu fue dado a conocer a todos los del pueblo, incluyendo a las autoridades, y éstas ordenaron la detención inmediata del ahora presunto culpable, Cornelio, sin importarles nada más. Entonces, varios hombres furiosos echaron abajo las puertas de su casa y además de llevarse el par de gallinas que les quedaban y los pocos huevos que tenían, así como las plantas que doña Meche vendía en el mercado, también se llevaron a Cornelio. Doña Meche lloró, lloró mucho. Lloró abrazando la única planta que le dejaron, que era una hierbabuena, en una maceta diminuta llena de tierra seca. Para ese momento todos los comercios ya habían cerrado, incluyendo las tortillerías y las panaderías. Nadie trabajaba. Nadie comía y nadie bebía. Hasta el borracho del pueblo dejó de tomar por falta de alcohol y sólo se dedicaba a vagar, como siempre, pero completamente sobrio.



11

(EN LA CÁRCEL DEL PUEBLO.)

CORNELIO: Déjenme salir, no quiero estar aquí. Déjenme salir.

EULOGIO: *Múuch' meyaj.*

CORNELIO: ¿Hay alguien ahí?

EULOGIO: *Xik'nal.*

CORNELIO: Escuché algo. ¿Quién anda ahí? Guardias, guardias, ¿pueden encender una luz? (*Silencio.*)

EULOGIO: *Siipkuuts.*

CORNELIO: Guardias, guardias, sáquenme de aquí. Huele muy mal.

EULOGIO: Eso debe ser por mi culpa, mi amigo. Es el olor a viejo y a humo.

CORNELIO: ¿Quién anda ahí?

EULOGIO: Me llamo Eulogio (*le muestra una caja de cerillos y comienza a encenderlos*).

CORNELIO: ¿Tú provocaste el incendio?, ¿por qué lo hiciste?, ¿por qué me trajeron aquí? Él es el culpable, ¿no se dan cuenta?, ¿por qué me encerraron con el que inició todo? Él fue quien quemó el monte, no fui yo.

EULOGIO: ¿Eso es lo que crees, Cornelio? ¿Crees que todo esto es mi culpa?

CORNELIO: No hablé con usted. Quiero salir de aquí. Todo es por culpa suya.

EULOGIO: No te confundas, Cornelio, porque si así fuera no estaríamos los dos en la misma celda.

CORNELIO: Deje de distraerme, estoy muy ocupado tratando de explicarle a los guardias por qué no debo estar aquí.

EULOGIO: Yo sólo soy un viejo que busca una conversación. Llevo aquí ya varias semanas y nadie me habla. Quizás aquí pase mis últimos días. ¿Eso no te anima a saber qué es lo que tengo que decir?

CORNELIO: No tienes nada que decirme, sólo eres un viejo que hace muchos años encorvó su espalda y dejó de andar recto.

EULOGIO: Te vas a aburrir.

CORNELIO: No.

EULOGIO: Y yo seguiré hablando.

CORNELIO: No.

EULOGIO: Como gustes, pero sólo dime una cosa, ¿todavía sueñas con el ave de los mil colores?

CORNELIO: ¿Cómo sabe eso?

EULOGIO: Creí que no querías hablar conmigo, porque soy sólo un anciano sin dientes que hace muchos años encorvó su espalda y dejó de andar recto.

CORNELIO: ¿Qué sabes del ave de los mil colores?

EULOGIO: Yo también he soñado con esa ave, hace muchos años, cuando era un niño. A mi padre, al igual que al tuyo, le encantaba cazar pájaros. Decía que era para proteger la milpa, pero no era del todo cierto. Lo hacía por diversión. Y no sólo pájaros, sino todo tipo de animales del monte. Cazaba más de lo que necesitábamos para comer o vender y la carne muchas veces se nos pudría o nos enfermaba. Así fue por muchos años, hasta que se encontró con un pavo de mil colores que no podía cazar porque saltaba todas las balas que le disparaba. Los hombres y las mujeres que estuvieron aquí mucho antes que nosotros le llamaban a ese pavo *Siipkuuts*.

CORNELIO: ¿*Siipkuuts*?

EULOGIO: El *Siipkuuts* es el guardián del monte que protege a todos los animales, los insectos, las plantas, las flores, los árboles. Tiene un parecido al pavo de monte, pero es todavía más grande y colorido. Eso fue lo que viste, ¿no?

CORNELIO: Sí y traté de dispararle.

EULOGIO: Mi padre se pasó los últimos días de su vida pensando en cómo atrapar al *Siipkuuts*. Día y noche nos contaba cómo le dispararía desde un árbol alto y lo desplumaría lentamente y lo pasaría por el fuego para después comérselo. Estaba tan ahogado en sus pensamientos que dejó de comer. Decía que sólo quería comer ese pavo de monte y que ninguna otra comida le sabía bien. No tardó mucho para que nuestra milpa empezara a secarse y como ya no cazaba otros animales cerramos la carnicería. A mi padre eso no le importó, sólo le importaba el *Siipkuuts*, hasta que un día que salió a espiar, el monte se lo tragó.

CORNELIO: ¿Por qué me cuentas esto?

EULOGIO: Porque la gente no tiene memoria, Cornelio. Pero tú sí puedes tenerla. Aquí nadie escucha a un viejo cuando habla, mucho menos si usa la lengua antigua. Sólo nos prestan atención cuando nos morimos porque piensan que les vamos a heredar algo. El día que te perdiste y tu mamá tocó todas las puertas del pueblo para que te fuéramos a buscar, supe que habías visto al *Siipkuuts*. Yo quise decírselo a tu madre, pero no me escuchó. Como sucedió hace ochenta años, cuando yo tenía tu edad.

(Se escuchan discusiones en el pasillo de la cárcel, se abre la celda y arrojan en ella a Doña Meche y a Asunción.)

CORNELIO: ¿Por qué están ustedes aquí?

ASUNCIÓN: ¿Por qué más? “Conspiración para cometer un crimen”, así nos lo dijo el juez de paz. Paz, mis greñas.

DOÑA MECHE: Asunción tiene razón. Además, dijeron que también tengo un cargo por “alterar el orden público”.

CORNELIO: Las sacaré de aquí. Ya sé qué fue lo que pasó y hay que hablar con todos los del pueblo antes de que sea tarde. No pueden seguir destruyendo el monte, no pueden matar al *Siipkuuts*. Don Eulogio sabe más de esto que yo.

DOÑA MECHE: ¿De quién hablas, hijo?

ASUNCIÓN: ¿Quién es Don Eulogio?

CORNELIO: ¿No sienten el olor a viejo y a humo? Es Don Eulogio, está ahí sentado (*voltea a ver*); no está. ¿Dónde está? Estaba aquí hace un momento.

DOÑA MECHE: Hijo, ¿te golpeaste la cabeza?

ASUNCIÓN: Como siempre, Cornelio diciendo incoherencias.

CORNELIO: No, no es así. Yo hablé con Don Eulogio. Y ahora sé lo que tengo que hacer.

ASUNCIÓN: ¿Y qué se supone que debes hacer? (*Cruza los brazos y exhala fuertemente.*) Grandísimo tonto caza pájaros.

CORNELIO: Lo primero que tengo que hacer es disculparme con ambas.

(Asunción se sorprende por lo que dijo Cornelio, exhala más fuerte y aprieta más los brazos. Doña Meche agudiza el oído.)

CORNELIO: Madre, lamento haber ocultado algo que debí decir desde el principio. Si salimos de ésta prometo que te contaré todo lo que me pueda poner en riesgo de alguna manera, sé que sólo quieres lo mejor para mí. Asunción, me disculpo por no haber expresado mis sentimientos hacia ti de la forma correcta y, sobre todo, lamento haberte empujado cuando discutimos. Sé que estuvo mal y no merezco tu amistad, pero nunca quise hacerte daño.

ASUNCIÓN (*relajando los brazos*): Grandísimo tonto caza pájaros, yo también me dejé llevar, dejemos eso en el pasado. ¿Qué necesitamos para acabar con esto?

DOÑA MECHE: Siento no haberte hecho caso, hijo. Daré mi mejor esfuerzo porque salgamos de ésta.

(Se escucha un tumulto en los pasillos, los guardias abren la celda e ingresan a muchas personas del pueblo. Cuando la celda está a reventar, Cornelio se cuelga de los barrotes de su celda con ayuda de Doña Meche y Asunción. Hay mucho barullo.)

CORNELIO: Silencio. Silencio, por favor. Sé que están molestos, pero quiero que me escuchen.

ASUNCIÓN: ¡Que se callen! (*Silencio.*)

ASUNCIÓN: Cornelio tiene un importante aviso que darles a todos ustedes. Cornelio, todos tuyos.

CORNELIO: Pueblo sin pájaros.

PUEBLO (*voces en off*): Cállate, niño.

DOÑA MECHE: Melchor, sé que fuiste tú. Cállate, por favor. Sé que fuiste tú quien se robó mis gallinas.

CORNELIO: Escúchenme.

PUEBLO (*voces en off*): Tenemos hambre y no queremos escucharte.

DOÑA MECHE: Marcela, no puedes tener tanta hambre como dices porque yo te vi saquear la alacena de Inés antes de que me trajeran aquí.

PUEBLO (*voces en off*): ¿Que hiciste qué?

DOÑA MECHE: Y tú, Guadalupe, te vi que llevabas cargando, fuera del pueblo, dos costales de maíz y todos sabemos que tú no hiciste milpa este año. Y puedo seguir, pero no es el caso. Sólo dennos un poco de su atención y podremos salir de aquí. Mi hijo Cornelio tiene algo que decirles.

CORNELIO: Mi nombre es Cornelio y sé cómo terminar con todo esto, escúchenme. (*Silencio.*) Gracias. En esta celda alguna vez estuvo un hombre que se llamó Eulogio. Puede que algunos de ustedes lo hayan conocido o no, pero él era un hombre hecho de memoria. Este hombre me hizo darme cuenta de algo que había olvidado, algo que mi abuela siempre decía y un día dejó de decir, así como todos en este pueblo: “Múuch’ meyaj”: “Trabajar juntos por el bien común”.

PUEBLO (*voces en off*): Esas palabras antiguas ya no las decimos. Así hablaban nuestros abuelos.

CORNELIO: Eulogio me explicó que cuando me perdí encontré un ave sagrada en el monte, un *Siipkuuts*, como le decían nuestros abuelos y abuelas, y esa ave estaba ahí porque era su deber proteger el monte. Y lo único que hicimos nosotros fue destruirlo. Es por eso que está pasando todo esto, es por eso que debemos reconciliarnos con el *Siipkuuts* y con el monte.

PUEBLO (*voces en off*): ¿Y cómo hacemos eso?

CORNELIO: Ahora el *Siipkuuts* nos ha quitado todo lo que nos da sustento porque lo hemos lastimado y necesitamos que se recupere.

PUEBLO (*voces en off*): Con una primicia.

CORNELIO: Así es. Una gran primicia que venga de todos nosotros. Un *Múuch’ meyaj*. Don Eulogio me contó que hace muchos años todos en el pueblo compartían una misma milpa y una misma mesa para comer. Y entre todos construían las casas de todos y nadie se quedaba sin techo. Esto es lo que nos pide el *Siipkuuts*, que aprendamos a vivir sin destruir. ¿Quién está conmigo?

(*Silencio.*)



12

(LOS PÁJAROS DE PAPEL VUELVEN A ACOMODARSE
EN EL SUELO DIBUJANDO UNA CALLE.)

YUYA: han pasado veinte años desde que Cornelio, es decir, mi padre, dijo ese discurso desde la cárcel del pueblo que se quedó sin pájaros. Tomó un tiempo y mucho esfuerzo, pero una vez que todos dejaron las deudas, los reclamos y los rencores de un lado, fue más fácil ponerse de acuerdo y prestar atención a las necesidades de los demás. Se hizo una gran milpa en la parte del monte que se había quemado y la tierra dio grandes cosechas producidas en *Múuch' meyaj*. La primicia fue para el monte, como se había acordado, y año con año las cosechas aumentaban y eventualmente nos volvimos un pueblo vegetariano (*muerde su rábano*). Aprendimos a no tomar del monte más de lo que necesitamos, que el agua de los pozos da para todos, que las ramas que dejan los árboles viejos es suficiente leña para calentarnos, que los animales tienen derecho a vivir igual que nosotros y que las historias que nos cuentan los abuelos y las abuelas son ciertas. Ése fue el camino que comenzamos a andar un día como hoy hace veinte años y es por eso por lo que estoy aquí ahora, porque al igual que cientos de niños, niñas, padres, madres, abuelos y abuelas, venimos a po-

ner pájaros de papel en el centro del pueblo para recordar la valiosa memoria que nos legó Don Eulogio y cómo aprendimos a convivir con el *Siipkuuts*. Aún nadie ve a un pájaro desde entonces, pero seguimos con la esperanza de que el guardián del monte nos permita verlos otra vez. Y ésta es nuestra historia. Es un poco triste, lo sé, y es por eso que se las estoy contando. Para que no les suceda a ustedes. Es muy feo extrañar algo que nunca se ha visto. Espero que cuando jueguen "*Xik'nal*, los pájaros locos" sea para divertirse y no para tener que imaginarse cómo son los pájaros de verdad, o que tengan que llevar una libreta con dibujos de animales que nunca han visto para tratar de encontrarlos, como ésta (*saca una libreta con dibujos*); esperen, ¿vieron eso? (*Se agacha como para no hacer ruido y poder acechar sin ser vista. Busca en su libreta, muestra una página con lo que se imagina es una yuya en su nido.*) ¿Es lo que me estoy imaginando? Sus alas son negras... y su pecho anaranjado. Está frente a mí buscando agua y ahora se dirige a su nido en forma de bolsa, como esas que dan en las tiendas. ¿Qué está pasando aquí? (*Mira hacia lo alto y todos los pájaros de papel se elevan y nublan todo el pueblo.*) *Xik'nal*... volar.

Oscuro.

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
SECRETARIA DE CULTURA

Marina Núñez Bernal
SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Omar Monroy Rodríguez
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Esther Hernández Torres
DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Guillermina Pérez Suárez
COORDINADORA NACIONAL DE DESARROLLO CULTURAL INFANTIL

Noviembre de 2023